

María Luisa Morales Zaragoza
Introducción a la obra *Marta y María* (1976)
De María Victoria Atencia
Ediciones: Caballo Griego para la Poesía

Preliminar

LA POETICA DE DOS POLARIDADES
DE LO FEMENINO

Comunicación poética en un tiempo puntualizado concretamente, de un 1 de diciembre a un 3 de mayo. Al menos un período de diecisiete meses durante los cuales los sucesos externos son internalizados para una alquimia poética y vuelven a ser sacados a la luz como bellísimo canto.

En todo el libro subyace el diálogo interior de dos polaridades alternantes en su aparición a nuestra vista (pues la exposición requiere la secuencia) pero simultáneas en la base del ser femenino. Marta, la mujer práctica que transforma, cuidando, el mundo, y María, la mujer contemplativa para quien «sólo amor cuenta». A la precisión temporal se une la espacial (lo que desde una poética del autoconocimiento nos indica el progresivo conocimiento del mundo en su realidad solar y espacial y el despegue del alma de las configuraciones primitivas) y, como un vector exclusivamente psíquico, el sueño: «preciso es que vuelva al seno de la noche para encontrar en ella cuanto escondió el olvido».

No faltan en el libro grandes arquetipos de la mente: los cuatro elementos aparecen en los poemas 6 y 7 de la primera parte (aire, agua y fuego); la tierra está contemplada en el poema 7 de la segunda parte.

La conciencia de la vida trae como una de sus consecuencias la vivencia de lo efímero. Es en el poema del culto al sol, entre otros, donde se expone con concisión este conocimiento; y de aquí a la elegía, como emanante de un sueño o de una evocación, elegía que se presentará tres veces en la obra. Por vía del recuerdo, por vía onírica, se recuperará lo perdido.

En el segundo conjunto de poemas los lugares interiores se pueblan de diálogos, de recuerdos. Así, en «Saudade», Rosalía es una presencia con la que se dialoga teniendo como objeto de culto la palabra. Es la poetización de ese hecho (psíquico, mental) que es el diálogo instaurado a veces entre lector y autor cuando se va recorriendo un mismo camino, aun cuando

el tiempo no haya permitido el encuentro espacial. Después de esta «Saudade», otra vez la elegía, el dolor del alma: Blanca habla ahora con su padre desde donde «siempre es primavera» y donde ya es posible «más allá del estiércol» expresar ese amor, esa relación única e irreplicable de la hija hacia el padre. (Las connotaciones amorosas están expresadas libremente en una sublimación que recoge la infancia fascinada ante la majestad del padre.) Inmediatamente, el paso siguiente, el poema siguiente, un anhelo hacia la madre. Volver al origen, abandonarse sin recuerdos incluso, para un momento de reposo, de consuelo; incursión en el mundo interno femenino infantil por vía del sueño o quizá del delirio febril. Pero la percepción clara de que quiere «más vida poseída, vivida, incorporada». Del juego de las muñecas al juego de las madres; a las mujeres que rodean a la niña: «mujeres de la casa, cómo os recibiría ahora que os comprendo». Crítico el poema del lecho. Quizá crucial. La convicción de que se ha de llevar a cabo «el cotidiano empeño»: el de la perpetuación en el amor. Por eso, el elemento tierra en «Jardinero mayor», el cuarto elemento, es tratado como madre a la que se fecunda «como quien engendrará un hijo».

De nuevo la angustia de la muerte, la familiarización con la idea, la muerte también como viaje. Estas incertidumbres, estas meditaciones dolorosas se integran, se acepta el doble plano de la «otra riqueza». El tema prosigue en «El expolio»: un nuevo rayo de luz conmueve «la asegurada paz de creer en lo cierto», alguna vez al menos se sufrirá el expolio y hay que verificar la aceptación de la propia vida y la propia muerte «con la mesa dispuesta» pues se sabe que ella llegará inevitablemente. Este hecho no puede alterar el rumbo de la vida, la manera en que se acepta el llevar la vida, no puede haber «descuido del quehacer cotidiano». En el último poema de esta segunda parte, la vida se concibe ya como una continuación de innumerables vidas a las que no se puede abandonar ni dar de lado, precisamente porque se ha llegado a «una altura de vida», no se puede prescindir de los antepasados a los que continuamos.

Los dos primeros poemas de la tercera parte «La moneda» y «Ofelia», representan dos posiciones posibles ante una crisis. En «La moneda», pedir lo prometido, rebuscar en las arcas, mirar el doble aspecto de las cosas, el anverso y reverso de lo que un día te entregaron. En

«Ofelia», recurrir al aislamiento que supone la locura: «inventaré canciones distintas de las mías».

Tercera Elegía para Blanca. Casa de Blanca sin su presencia vivificadora. Los objetos mudos e inertes sin Blanca que los habite. Esa magia que contagia a los objetos algo de sus dueños, esa evocación incluso de un instante de movimiento, «vuelo de una paloma» en la estatua de mármol.

«Qué hacer si de repente» es un bello poema donde el alma sigue la indicación de sus caminos, como si fuera posible encontrar en nosotros algo que realmente nos fuera extraño. Estas sorpresas, estos choques prosiguen el camino hacia el sí mismo. La contrapartida es «el duro pan del egoísmo ajeno», descubrir también eso terrible en el otro y aguantar y aguardar el estallido. La noche verdaderamente oscura donde la llamada no tiene respuesta. El paso del tiempo de nuevo. El tiempo que se lleva consigo una belleza. Porque el vaso fue llenado «con exceso» es por lo que se puede pedir y esperar «una prestancia que demore a la muerte».

El viaje: «el ala de un gran pájaro los cuartos ensombrece». El viaje de la vida que no se hace sin el conocimiento de la muerte, el deseo de encontrar todo en su medida, la dificultad de que siempre «renazca la ternura».

El testimonio está en boca de Marta: «Tantas horas» entregadas a la casa. Sin embargo hay otra cuenta distinta: la contemplación amorosa del poema final «y enajenada toda, no encuentre otro motivo de muerte que tu ausencia».

En Madrid, a noviembre de 1983.

M^a Luisa Morales Zaragoza